

con la vista á la modesta Xochitl hasta el instante de verla desaparecer de la régia estancia.

La impresion que produjo en el corazon del rey la belleza cautivadora de la graciosa Xochitl, operó un completo cambio en los sentimientos de su corazon.

Aquel rey, modelo hasta entonces de moderacion y de rigidez; aquel rey que habia mirado hasta ese instante con veneracion religiosa los derechos sagrados de los padres de familia en el hogar doméstico, se olvidó de sus deberes, y fascinada su imaginacion con los atractivos de la hermosa Xochitl, sólo pensó ya en los medios que le pudiesen conducir al logro de la posesion de la jóven.

Existiendo entre las tribus de la América la poligamia, y siendo permitido el que se casasen los parientes cuando el parentesco no era demasiado próximo, lógico parecia que el rey pidiese la mano de la jóven, bien para elevarla á la categoría de reina, bien para contarla entre el número de las demás mujeres.

No era obstáculo para ello el que estuviese unido á otra mujer á quien habia dado el título de reina; pues el rey podia conceder el mismo rango á la jóven á quien juzgase digna de unirse á él y de aquel título. Sin embargo, el rey, á pesar de su amor, de su pasion vehemente por la hermosa Xochitl, no recurrió á ese medio, que parecia el mas sencillo y noble para realizar su deseo; lo cual induce á creer que la jóven estaba prometida por su padre á otro jóven á quien ella amaba, y que el monarca, al saberlo, no queriendo aparecer como arbitrario oponiéndose á aquellos amores, trató de ganar en secreto el corazon de la hermosa.

Tierno y apasionado, manifestó á la seductora Xochitl los afectos amorosos de su corazon; pero viendo que sus apasionados ruegos se estrellaban de continuo en la recta virtud de la púdica beldad, resolvió recurrir á un medio que, aunque violento, le diese el resultado que anhelaba: robarla de la casa paterna.

El rey Tepancaltzin, roba á la hermosa Xochitl. Concebida la idea, la puso inmediatamente en práctica, y la linda Xochitl fué robada por el rey, arrebatada de la casa de su padre y encerrada en uno de los palacios del soberano.

El tiempo y los ruegos del rey profundamente enamorado vencieron al fin la resistencia de la jóven, y la hermosa Xochitl dió á luz en 1051 un niño, fruto de sus relaciones con el monarca, á quien pusieron por nombre *Meconetzin*, esto es, *hijo del maguey*.

Transcurridos algunos meses, la esposa del soberano que habia devorado en silencio las infidelidades de su esposo, sucumbió víctima de una lenta enfermedad, y Tepancaltzin, ciego aun de amor por la bella Xochitl, llevó á ésta y á su hijo, llamado tambien *Topiltzin*, á su palacio, y les confió las riendas del gobierno elevando á la primera al rango de reina.

Como no existia del matrimonio legítimo del rey heredero ninguno á la corona, ésta pasó en 1094 á las sienes de Topiltzin, hijo de los ilícitos amores del soberano con la linda *Xochitl*.

1094. La felicidad y el bienestar del pueblo tolteca empezó á decrecer visiblemente desde que el rey Tepancaltzin, separándose de la recta senda seguida por los soberanos que le habian pre-



cedido en el trono, atropelló los respetos de la sociedad y se hizo esclavo de las débiles pasiones.

Los males del país, que empezaron á dejarse sentir cuando se entregó completamente á los ilícitos amores con la jóven *Xochitl*, abandonando por ellos los negocios del Estado, se aumentaron y tomaron proporciones alarmantes al empuñar el cetro el fruto nacido de aquella volcánica pasión.

El cielo parecia haber maldecido el comercio ilícito de los dos amantes; y la elevacion de Topiltzin al trono no fué acogida con el entusiasmo manifestado en la coronacion de los anteriores monarcas. A la jura del nuevo soberano, celebrada en Tula, no concurrieron, como habia sido costumbre, algunos poderosos señores de diversos pueblos, indicio inequívoco de la indisposicion de los ánimos. El nuevo monarca, juzgándose herido en su dignidad, envió comisionados que no alcanzaron el objeto deseado por el rey. La falta de armonía entre el soberano tolteca y los jefes que no quisieron rendirle homenaje, produjo sérias y enérgicas contestaciones que, empezando por indisponer los ánimos, acabó por conducirles al terreno de las armas. Topiltzin levantó un ejército numeroso, y disponiéndose á llevar la guerra, consiguió amedrentar á sus contrarios, logrando así que se celebrase una tregua de diez años.

Satisfecho del resultado obtenido, y creyéndose sólidamente asentado en el trono, no pensó ya mas que en entregarse á los goces de una vida poco ceñida á la moral. Sus desórdenes no conocian límite, y santificados por los sacerdotes del templo de Cholula, sin traba y sin reparo el rey se creyó con el derecho de continuarlos. Pronto su ejemplo

fué seguido por los nobles de la corte, y desde entonces la relajacion y el vicio constituyeron la vida del monarca y de los cortesanos.

A sacarle de aquel estado de molicie y de corrupcion, vino por fin el grito de guerra lanzado al expirar el plazo de diez años de tregua que habia celebrado con sus contrarios. Estos se habian preparado á la lucha mientras Topiltzin, sumergido en el fango de los vicios, habia descuidado los negocios importantes del Estado.

La lucha empezó con encono profundo por una y otra parte. Por espacio de tres años no se escuchó en aquel país, hasta entonces entregado á las artes y á la agricultura, mas que el estruendo de las destructoras armas y los gritos y alaridos que aquellas tribus lanzaban en los combates.

La ruina y la devastacion se presentaban donde poco antes crecian las ricas mieses y se ostentaban risueñas poblaciones. Campiñas destruidas, ciudades incendiadas, era el espectáculo que se presentaba á la vista del hombre. La lucha se mantuvo en los tres años que duraron sus estragos sin que la victoria decisiva se declarase por ninguno; pero al fin los resultados fueron, como tenian que ser, funestos para el monarca; y en una de las batallas, la mas sangrienta y desastrosa para sus armas, perecieron entre millares de intrépidos soldados, su anciano padre Tepan-caltzin, y su bella esposa la simpática *Xochitl*. El rey, aunque cercado de enemigos por todas partes, logró salvarse recurriendo á la fuga; pero abatido por la suerte y abandonado de sus servidores, debió morir á poco errante y miserable, pues nunca se llegó á tener noticia ninguna de su paradero. El hijo mayor del monarca, llamado *Pochotl*,



logró escaparse con su nodriza de la tenaz persecucion de sus contrarios, refugiándose en una de las poblaciones del fértil valle de Toluca.

Como consecuencia de aquella desoladora y larga guerra, pronto apareció el terrible azote del hambre con todo su lúgubre y destructor cortejo, en el suelo, hasta entonces, verdaderamente feliz de los toltecas. La fuerza abrasadora de los rayos solares, y la absoluta carencia de lluvias, secaron sus campos; y el concurso de todas estas calamidades, ocasionando diariamente millares de víctimas, iba convirtiendo á la nacion en un vasto cementerio. La peste se agregó bien pronto á los males que desolaban la sociedad, y el reino entero no era mas que un inmenso hospital que alimentaba con infinitos cadáveres las tumbas que se abrian. Aterrados los que aun se habian salvado del contagio, del cúmulo de calamidades que affigian su suelo, trataron de buscar en otros sitios la tranquilidad y el reposo de que desgraciadamente carecian. Todos los que se sentian con suficiente robustez para soportar las penalidades de un largo viaje, abandonaron el horrible escenario en que las víctimas se sucedian sin interrupcion, y se esparcieron con sus mujeres y sus hijos por las fértiles regiones de Guatemala, de Yucatan y de otros puntos, donde el viajero cree encontrar, en las majestuosas ruinas del Palenque y de Mitla, las elocuentes páginas levantadas por los inmigrantes toltecas para perpetuar la memoria de su civilizacion. Unicamente quedaron en el desolado reino algunas cuantas familias á quienes la miseria, la carencia de recursos y la falta de salud, les impidió seguir á sus compatriotas, y que tristes y macilentas se esparcie-

ron por el espacioso y pintoresco valle en que, mas tarde, llegó á fundarse la grandiosa ciudad de Méjico, en Cholula, Tlaximalóyan y en otros diversos lugares que correspondiesen con sus frutos al trabajo de sus brazos. Entre el reducido número á quienes la necesidad obligó á que se estableciesen en el valle, se encontraban dos hijos del derrotado monarca Topiltzin, cuyos descendientes llegaron á emparentar, en épocas posteriores, con las familias reales de Méjico, de Texcoco y de Coyohuacan.

De esta manera desapareció la nacion tolteca, despues de cuatro siglos de haber echado los cimientos de su monarquía en la region de Anáhuac. Pero si la base de su gobierno se hundió bajo el peso de las últimas calamidades que affigieron al pueblo, quedaron incólumes los fundamentos de la civilizacion que sirvió de sosten á las demás naciones que la siguieron, y de imperecederas páginas que inmortalizarán por siempre el nombre tolteca.

La agricultura, las artes, las ciencias, todo aquello, en fin, en que se distinguieron mas tarde los hombres que siguieron poblando el precioso valle de Méjico, fué debido á los industriosos toltecas. Notables en el pulimento de las piedras preciosas y en el gusto que daban al oro y la plata en las vistosas alhajas que hacian, el nombre tolteca, sirvió, pasados los siglos, para aplicarlo como un timbre de honor á los distinguidos artífices de las demás naciones que poblaron el Anáhuac. Celosos de la conservacion de los hechos mas remotos, habian tenido el cuidado de señalarlos en sus pinturas y jeroglíficos; y todos los que hayan estudiado la historia de los antiguos pueblos de Méjico, dice Clavijero, saben á no dudar, «que los toltecas



tenian noticia clara y distinta del diluvio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, y que aun conservaban los nombres de sus primeros progenitores, que del resto de la familia se separaron en aquella universal dispersion.»

Si acaso otros, antes que los toltecas, llegaron á habitar el país de Anáhuac, preciso seria confesar que la señal de su existencia desapareció con ellos mismos.

Pudiera ser que tribus nómadas, bien se denominasen olmecas, bien xicallanques, pasando como rápidos cazadores, colocasen allí por breve tiempo sus frágiles aduares; pero la huella de su paso no ha quedado atestiguada con ningun monumento que patentice su pasajera permanencia.

Nada existe anterior á los toltecas.

Es indudable que los primeros que llevaron al valle de Anáhuac los benéficos gérmenes de la civilizacion; los primeros que en aquel delicioso oasis de la América elevaron grandiosos monumentos comparables con los del antiguo Egipto y de la India; los que han dejado en las admirables ruinas de Teotihuacan y de Cholula la huella imperecedera y honrosa de su existencia como los inmigrantes mas antiguos que se establecieron en la tierra entonces deshabitada del Anáhuac, fueron los toltecas.

Llegada de los chichimecas al país de Anáhuac. Por espacio de mas de un siglo permaneció casi desierto y solitario el pintoresco territorio en que los toltecas dejaron impresa en sus monumentales obras la historia de su existencia. En las abandonadas casas y solitarios templos de las desiertas ciudades solo se albergaban las aves y las fieras. Todo era soledad lo que en un tiempo fué animacion y vida. Solamente se

encontraban diseminadas por aquellos sitios mas favorecidos por la naturaleza, algunas cuantas familias, preciosos restos de la, aun no hacia muchos años, floreciente nacion tolteca.

Viaje de los chichimecas al país de Anáhuac. De pronto otra nacion, ávida tambien de terrenos mas feraces, de un cielo puro y de un clima benigno que le negaba el suelo del Norte en que estaba asentada, abandonó sus lares, y tomando sus arcos y sus flechas, se dirigió en busca de una region que reuniese las condiciones anheladas.

La nacion que abandonaba los sitios de su nacimiento por ir en pos de otros que le brindasen los bienes que soñaba, fué la nacion chichimeca, cuyo asiento en la parte del Norte se ignora aun donde estuvo situado.

Presentaban los chichimecas una mezcla rara de algunos imperceptibles rasgos de civilizacion, con otros muchos de barbarie. Gobernados por un rey y por autoridades encargadas de hacer cumplir las pocas leyes que les regian, los chichimecas acataban las disposiciones con el respeto con que pudiera hacerlo el país mas oculto: la plebe guardaba á la nobleza establecida en aquella sociedad las mas altas consideraciones; los individuos que por sus servicios ó méritos habian alcanzado el favor del soberano, eran profundamente respetados por la clase pobre, y la sociedad entera, comprendiendo los bienes que resultan á los pueblos de la comunicacion de las familias, vivia congregada en diversas, aunque humildes poblaciones.

Al lado de estas cualidades propias solo de los pueblos que tienen algunas nociones de civilizacion, se encontra-



ban los opuestos rasgos resaltantes que marcaban su incultura. Sus casas eran miserables chozas de tierra con frágiles techos de ramas, que tenían por pavimento el mismo suelo que les servía de cimiento. Una sola pieza incómoda y sucia, que no recibía más luz que la que entraba por la estrecha puerta, por donde solo era posible entrar agachado, servía de habitación, cocina y dormitorio á todos los miembros de la familia, sin distinción de sexos; y el ajuar de ella se reducía á las flechas y el arco que constituían las armas favoritas del chichimeca. Acostumbrados á una vida libre y vagabunda, desconocían completamente la agricultura y las artes; vivían de la caza de los bosques, de la pesca, de las frutas silvestres y de las raíces que encontraban en las montañas; sus vestidos eran toscas pieles de las mismas fieras que en las selvas cazaban; llevaban largo y en desorden el cabello; adoraban al sol, juzgando á este astro como la única divinidad que existía; le ofrecían las yerbas y las flores que encontraban en los campos; le pedían que fecundizase la tierra y poblase de pájaros los bosques, y contemplaban su brillante salida y su majestuosa desaparición con profundo arrobamiento religioso.

En medio de esa vida semisalvaje y ruda que les daba un aspecto feroz y temible, conservaban costumbres que, si estaban lejos de ser dulces y apacibles, se encontraban también distantes de la crueldad que debía esperarse de un pueblo cazador, criado en el ejercicio de las armas y en medio de las selvas y de los torrentes.

Para haber tomado la resolución de abandonar su país nativo llamado *Amaquemecan*, situado, como el de los

toltecas, en la región del Norte, pero cuyo punto fijo se ignora, los chichimecas tenían un motivo. El último rey de Amaquemecan, consagrando amor igual á dos hijos respetuosos que el cielo le había concedido, y no queriendo herir la sensibilidad de ninguno de ellos manifestando preferencia al otro, dejó una parte del reino bajo el gobierno del que contaba menos edad, y el resto de la monarquía encomendado á la dirección del primogénito.

Los dos príncipes, cuyos nombres eran *Achcauhlli*, y *Xolotl*, se manifestaron dispuestos á obsequiar gustosos la disposición del rey su padre. Sin embargo, difícil era que se conservase por mucho tiempo la armonía con que asociados entraron al principio á gobernar sus pueblos. La débil condición humana es inclinada á no admitir en el poder á otra entidad que ejerza igual poder á la que uno ejerce, bien porque, inferior en inteligencia, sirva de rémora á su marcha, bien porque, superior en dotes y talento, pueda cautivar con su esplendente brillo á la sociedad agradecida.

No existe dato ninguno que arguya que *Xolotl* participase de esa rivalidad que generalmente se establece entre gobernantes que ejercen idéntico poder; pero ya reconociese por causa la rivalidad, ó ya fuese motivada por el sentimiento noble de mejorar el bien de sus gobernados, es lo cierto que *Xolotl* resolvió abandonar el suelo de la patria, y dirigirse, con sus vasallos, á otra región que les brindase con el sustento y la abundancia de caza que las montañas y los bosques de su país no tenían.

Cautó y previsor, envió á varias personas inteligentes, antes de llevar á cabo la resolución, á que recorriesen las



tierras meridionales, examinasen las condiciones de ellas, y le diesen una noticia exacta de las ventajas que presentaban para la vida.

Los exploradores desempeñaron la importante comision á satisfaccion del rey, indicando el punto en que se podrian echar, á juicio de ellos, los cimientos de una monarquía feliz. Xolotl les escuchó con regocijo, y halagado cada vez mas por la idea que habia concebido, convocó á sus vasallos, les comunicó su pensamiento, y les invitó á que le siguiesen á países mas risueños que brindaban un porvenir dichoso, abundante caza, y un clima benéfico y primaveral.

Las lisonjeras esperanzas que, vestidas con el seductor ropaje que les presta la fantasía, se presentaron fascinadoras á la mente del necesitado soñador; el atractivo que encierra toda novedad halagadora envuelta en promesas de ventura; y, sobre todo, el deseo de tener montes y bosques abundantes donde entregarse al errante ejercicio de la caza, fueron alicientes irresistibles para la mayor parte de los súbditos que se ofrecieron gustosos á seguirle.

Contento de la buena disposicion de sus vasallos, señaló el dia en que se debia emprender la marcha, á fin de que cada familia se abasteciese de lo necesario para el viaje. Pocos eran los preparativos que tenia que hacer aquella tribu ambulante, cuyos aduares se improvisaban, y cuyos alimentos eran las yerbas, las aves y las fieras. Pronto arreglaron sus familias, levantaron sus penates, y al llegar el plazo fijado para la marcha, se presentaron al monarca, dispuestos á partir. El momento de emprender la peregrinacion habia llegado; y al brillar la luz de una apacible

mañana, Xolotl, despues de haber ofrecido al sol las flores y las yerbas que en su religion se juzgaban de mas estima por la divinidad, emprendió su viaje, llevando á su lado á su hijo el príncipe *Nopaltzin*, rodeado de la nobleza y seguido casi de todos sus vasallos que, armados de arcos y flechas, formaban un ejército original y formidable.

Siguiendo el rumbo indicado por los exploradores que antes de emprender el viaje habia mandado el rey, el camino que tomaron fué el mismo por donde habian pasado, en tiempos anteriores, los toltecas.

Los chichimecas, seducidos por el delicioso clima á medida que iban penetrando en el pintoresco suelo de Anáhuac, se iban deteniendo en aquellos sorprendentes parajes en que la naturaleza se ostentaba en toda su exuberante esplendidez, y en que la abundancia de jugosas frutas silvestres y de sabrosa caza, les brindaba numerosas provisiones.

Así continuó la ambulante tribu la marcha, encontrando á su paso las solitarias ruinas de las poblaciones toltecas, semiocultas entre la maleza y la yerba que habian crecido al rededor de ellas. Aquellas venerandas ruinas, eran el libro en que se leia, con caracteres inequívocos, la grandeza de un pueblo que habia desaparecido; pero los chichimecas no experimentaron á su vista sensacion ninguna de profundo efecto, juzgando que sus antiguos habitantes habrian marchado en busca de terrenos mas feraces, como ellos habian dejado sus patrios lares y sus áridas montañas con el mismo pensamiento.

El exámen solo pertenece á los hombres cultos; y los